

El informe de este experto fué categórico. «El argumento—dijo—es el mismo.» Y como es natural, todos estaban seguros de que la sentencia sería favorable al gran humorista. Sólo que los jueces, deseosos de mostrarse originales en un proceso en que se trataba de imitación ó de copia, declararon que, á pesar de ser *Joseph ta femme nous trompe*, igual á *Boubouroche*, no había en el caso delito ninguno. «Porque—dice el salomónico veredicto—lo que constituye el valor de la obra literaria es la perfección de la forma y el análisis psicológico, cosas que no ha podido copiar e demandado.»

Lo que de tal juicio piensen los dramaturgos, no es dudoso, pues gracias á la sabiduría de unos cuantos magistrados, de hoy en adelante cualquier hacedor de pantomimas podrá impunemente tomar las escenas que más le gusten en las comedias originales. Pero esto no es todo. Una vez que se acepte de un modo universal que en la obra literaria «la invención tiene poca importancia», ya no sólo para las cintas cinematográficas podrán los industriales aprovechar las fábulas ajenas. Con sólo quitar su forma á *Nuestra Señora de París*, ó á *Eugenia Grandet*, ó á *Salambó*, cualquiera tendrá derecho á publicar, á su modo, el argumento de esas obras, con su firma. Los jueces están ahí para absolverlos en

caso de que alguien los acuse como ladrones. «No han robado nada estos industriales—dirán—, pues lo único que tiene valor es la forma y el análisis psicológico...»

* * *

Que los dramaturgos y los novelistas acepten de buen grado la nueva legislación, es menos probable hoy que nunca, ya que, más ó menos, todo aquel que produce é imprime, tiene la conciencia de que su labor es un artículo industrial que debe ser protegido por las leyes contra la codicia ajena, ni más ni menos que una joya ó un espejo. Y la prueba de este espíritu nuevo, menos simpático sin duda que el de otros siglos, pero muy general y muy visible, la tenemos en otro proceso que tampoco ha hecho todo el ruido que era de esperarse. Sin ser un Courteline, el segundo *plaideur* es también dramaturgo y humorista. Sus obras se representan en los teatros provincianos de segundo orden. Su nombre no tiene popularidad ninguna. Su talento es de los que no inspiran terribles envidias. Pero, como él dice no sin cierto cinismo, «ese talento es un ganapán y merece tanto respeto cual el martillo del herrero». Ahora bien, hace algún tiempo, un crítico que sin duda no veía nada interesante de qué hablar, escribió un artículo declarando que las comedias de ese

señor, á quien llamaremos Equix, eran muy malas, muy malas. Al día siguiente de haberse publicado este juicio severo y justo, el dramaturgo atacado, ó mejor dicho censurado, reunió á algunos literatos amigos, para preguntarles lo que, según ellos, le correspondía hacer para defenderse.

—Si te crees ofendido—contestóle uno de ellos—mándale tus padrinos al crítico.

—Es cierto—exclamaron los demás.

Pero al mismo tiempo todos reconocieron que ni los términos, ni el tono general del artículo contenían nada que pudiera ser considerado como injurioso.

Con su tranquilidad de hombre práctico Equix se echó á reir y habló de esta guisa más ó menos:

—Señores míos, veo que aún tenéis en el espíritu huellas indelebles de la quijotería ancestral. Para nosotros todo se reduce á cuestiones de honor y todo honor ha de lavarse con sangre. No os podéis figurar la lástima que me da tal persistencia de las sentimentalidades de otras épocas en seres que son mis contemporáneos. Afortunadamente, yo pienso de otro modo, y si me permitís ser franco os diré que pienso como hay que pensar en pleno siglo xx. Así, por ejemplo, en el caso que hoy me preocupa, no es el caballero, ni menos aún el poeta ó el artista quien habla, sino el

comerciante. La literatura, efectivamente, es un puro comercio. Cuando vendo una pieza á un empresario, soy igual al manufacturero que vende una máquina ó una partida de sombreros á un comisionista. ¿Podéis figuraros que si ese manufacturero leyera en un diario un artículo diciendo que sus mercancías son detestables pensaría en mandar padrinos al difamador? Lo único en que pensaría, es en demandarlo y en exigirle una reparación pecuniaria. ¿Por qué, pues, yo, que soy, como todos los dramaturgos, un industrial, no he de proceder del propio modo que otro industrial cualquiera? Ante el Tribunal de Comercio voy á entablar mi querrela y ya veremos lo que dicen los jueces.

Lo que á este discurso respondieron los amigos consultados, no lo cuenta la historia. Pero lo que sí cuenta, es que el Tribunal de Comercio, después de un largo debate, se declaró incompetente para juzgar un asunto que, á su modo de ver, no es completamente comercial, ya que desde el momento en que se exigiera de los críticos un criterio de tasadores, quedaría suprimido el principio mismo de la libertad de la crítica.

* *

Y no son éstos los únicos signos de la nueva noción de la personalidad literaria. Aun

en lo más nimio, aun en lo más íntimo, se nota lo que en Francia se llama *americanización* y que en realidad es *metalización*... Los que, hace apenas diez años, se habrían ruborizado de oír sólo hablar de dinero, hoy calculan como tenedores de libros. Las líneas son actualmente como granos que bajan y suben, en una escala de valores, según las fluctuaciones de la Bolsa. Sin ningún escrúpulo, los autores cambian de aficiones conforme el público cambia de gusto. Si es la novela de detectives lo que está de moda, todo el mundo inventa su Sherlock Holmes, y si los aeroplanos triunfan, cada folletinista se siente capaz de renovar á Julio Verne con documentos reales y métodos científicos.

—¿Pagan bien?—preguntan los jóvenes cuando se les habla de una revista.

Y según son las tarifas, así estiman.

—¿Sabe usted cuánto le dan á Fulano por esos poemas de actualidad que publica casi diariamente?

—Por lo menos doscientos francos...

—¡Cincuenta!... nada más que cincuenta.. ¡cincuenta por poema!...

—Y Mengano, ¿cuánto cree usted que cobra por cada uno de sus artículos de crítica teatral?

—Supongo que quinientos francos, lo mismo que Brisson.

—Cien, señor mío... cien francos, ni un céntimo más... ¡Qué miseria!...

—Mejor harían en vender bicicletas esos literatos...

Para los escritores *nouveau jeu*, en realidad, si el comercio de las bicicletas ó de los paraguas, ó de los licores, ha de ser más productivo que el de las ideas, es de rigor preferirlo. En cuanto al sacerdocio de la prensa, de que hablaban nuestros abuelos, es cosa tan pasada de moda como la vocación de los poetas. Ahora las familias no tienen ya necesidad de encerrar á los niños pródigos para impedir que se consagren al cultivo de las artes ó de las letras en vez de continuar los negocios pingües del papá. Hace poco, un periódico refería la historia lamentable de una dama millonaria que acariciaba la ilusión de ver á su hijo dedicado en absoluto al cultivo de la música, y que de pronto averiguó que en vez de ir al conservatorio, el *petit* se iba todos los días á la Bolsa.

—¡Cuestión de snobismo!—exclaman los moralistas.

Puede ser. Pero en todo caso hay que confesar que entre este snobismo y el de nuestros padres, el mejor es el antiguo. ¡Qué diablo Un Zorrilla que se escapa de su casa sin una peseta para ir á morir de hambre haciendo versos, es siempre más hermoso que un Equix

que huye del curso de piano para aprender á manejar los valores públicos. El artista que no tiene la vocación desinteresada, tal vez no gane ni pierda genio. Lo que sí pierde, es poesía personal.



... Así, he aquí á M. Claude Anet, literato joven que en el *Gil Blas* nos había, hasta hace poco, hablado de amor y de viajes.

Su talento es indiscutible é indiscutido. Su fama, aunque fresca, tiene ya consistencia. Su situación material es más que brillante.

Pues bien, en vez de fundar una revista ó de organizar una flamante escuela literaria, lo que desea es hacer una liga contra los libros regalados. *Le livre de faveur, voilà l'ennemi*, exclama. Y, sin duda, tiene razón que le sobra. Pero esto, hasta hace poco, no era para dicho por un joven literato, cuyo ideal debe ser que *lo lean* y no que *lo compren*. ¡El libro de favor, el libro que todos regalamos y que todos recibimos, el libro que nos llega con una buena dedicatoria!... Por mi parte, lejos de querer que se suprima, deseo que se generalice, porque representa una de las postreras generosidades de nuestro pobre universo tan tristemente avaro.

¡El libro de favor!... ¡Pero si es el único buen libro, querido señor Anet! Usted nos

dice que cuando un pobre literato tiene que enviar cien ó doscientos ejemplares de su obra á los «queridos compañeros», es lo mismo que si les regalara una parte de su trabajo. Y agrega usted como hombre positivo: «ningún otro gremio de obreros hace lo propio». Es cierto. Ni los carpinteros, ni los tejedores, ni los panaderos envían sus productos gratuitamente con dedicatorias á los amigos. Pero hay que decir también que entre todos los «industriales», los únicos que no pagan sus anuncios, son los artistas. ¡Y qué anuncios! Con cualquier motivo se les consagran columnas enteras en las cuales se habla de sus «productos» como de maravillas nunca antes vistas. Ahora bien, ¿cree usted, positivista y eminente *confrère*, que esta publicidad no remunera de un modo muy amplio los ejemplares que cada autor regala á los amigos de la prensa?



A decir verdad yo estoy seguro de que en este espíritu comercial de que hacen gala nuestros contemporáneos, existe por lo menos una parte de *pose*. «No hay que parecer ni románticos ni bohemios»—se dicen los artistas *nouveau jeu*. Y para ser *nouveau jeu*, para estar en apariencia á la altura de los que, como Maurice Donnay, como Lavedan, como Marcel

Prevost, sacan á su pluma los intereses de un capital de dos ó tres millones, se esfuerzan por hacer creer que cada una de sus frases es un escudo de oro. Pero es seguro que en el fondo hay muchos entre ellos, que ponen de modo secreto su vocación y su vanidad muy por encima de su codicia. Porque el alma no es cosa que cambia con las modas... Es, tal vez, lo único que no cambia..



CLEMENCEAU

HACE poco tiempo, hablando de cosas pasadas con un amigo, Clemenceau recordaba sus primeras luchas periodísticas, allá en el Barrio Latino, en la época en que más fuerte parecía el imperio. Uno de sus compañeros de universidad, Germán Casse, había fundado una revista semanal titulada *El Trabajo*. En uno de sus primeros números, Emilio Zola publicó un poema religioso destinado á implorar la ayuda divina contra la perversidad del siglo, poema que terminaba así:

Oh! Seigneur, votre monde
Me paraît dans cet age être un cloaque immonde.
Notre Père, il est temps. Oh! qu'un autre Jésus
Expire sur la croix et du chaos nous sorte.
Venez, ou je croirai que vous n'existez plus...

Otro de sus redactores, Jules Meline, ocu-

pábase en exponer los principios de una filosofía espiritualista, inspirada en Platón. Y el periódico iba así, ni envidioso ni envidiado, por la senda de todos los periódicos estudiantiles, cuando de pronto Clemenceau dió á Casse un artículo sobre la política del momento. El artículo apareció á fines de Febrero del año 1862. Ocho días más tarde, en el número de 2 de Marzo, los raros suscriptores de *El Trabajo* leyeron la nota siguiente: «Nuestro colaborador George Clemenceau ha sido arrestado el lunes...» Y Clemenceau, después de evocar estos recuerdos en el seno de la amistad, exclamaba:

—¡Me parece que fué ayer!

* *

¡Lo que va, sin embargo, de ayer á hoy! Ayer era el Imperio... Perseguido, calumniado, desterrado, el joven político se refugiaba en Nueva York, y no encontrando otro medio de ganar el pan de cada día, consagrábase á dar lecciones de retórica en las escuelas de señoritas. Con el pecho lleno de gritos de cólera, decía, haciendo meliflua su voz áspera, las gracias de Racine y las malicias de Molière. Las mises solían encontrarlo distraído, cada día más distraído. A veces, en medio de la lección, apoyaba su pálida frente en el pupitre profesoral y permanecía silencioso diez, quin-

ce minutos. Su alma se ausentaba así. Y como aquello no convenía á los directores, fué necesario despedirlo.

Ese es el ayer lejano.

Ayer es también la guerra, la Comuna, la lucha, la sangre.

Ayer es la época parlamentaria en que, con cada uno de sus discursos, derrocaba un ministerio. la época gloriosa de las grandes *demoliciones* políticas, la época heroica de la oposición. Sus enemigos eran infinitos. El bravo Dérouléde dijo un día en plena Cámara:

—Aquí estamos aterrorizados por un hombre cuya espada y cuya lengua nos parecen igualmente temibles. Estas circunstancias son vergonzosas, y yo me levanto para gritarle que lo desprecio.

En el acto se concertó un duelo. Los adversarios fueron al terreno, como los héroes van á la guerra, entre aplausos de multitudes. Si uno de los dos hubiera muerto en la pelea, es probable que en las calles de París habría corrido la sangre. Pero lo mismo que Rolando de Bretaña y Renaud de Montauban, los adalides supieron conservar la vida con la honra

Ese es el ayer glorioso.

Ayer es también la campaña de calumnias y de injurias organizada por sus enemigos políticos. El pueblo estaba convencido de que

se había vendido al oro inglés. Los caricaturistas le ponían cara de banquero londinense. Los electores, engañados, lo abandonaron, prefiriendo á un obscuro notario.

Ese es el ayer triste.

Y hoy, ya con la cabeza cana, ya con el alma triste, un nuevo hombre aparece, un hombre de orden, un hombre que no quiere deshacer ministerios, sino hacerlos.

¡Lo que va de ayer á hoy!

..

Pero Clemenceau no quiere notarlo. Para ciertos seres, los años no tienen ningún poder de fatiga, ni de tristeza, ni de desilusión. En el mundo de las letras hay un ejemplo idéntico. Es el de Catulle Mendés. Con sus sesenta y ocho años bien sonados, el autor de *Santa Teresa* es más joven que cualquier muchacho de los que cantan en las cervecerías del bulevar San Miguel. Una alegría constante hace brillar su mirada azul. En sus labios la sonrisa es como una flor primaveral. Su palabra brillante, tiene una frescura casi infantil. Sus entusiasmos son immaculados, y se diría que jamás ninguna desilusión ha querido marchitarlos.

—Lo único que tengo de viejo—suele decir Mendés—es el pelo blanco.

Clemenceau, por no tener ni eso, hasta es calvo...

Pero la falta de cabellera no ha enfriado sus ideas. Tal como era hace cuarenta años, tal es hoy. Lo único que ha cambiado, es su puesto de combate. Con su delicioso y fino cinismo, suele contestar á los que le hacen notar sus variaciones en el modo de considerar ciertos problemas:

—Es que ahora estoy del otro lado de la barricada.

Esta frase, como todas las suyas, es lapidaria. Para él la política es un perpetuo asalto. Los que están en el poder defienden la barricada, y los que están en la oposición, la atacan. Una y otra cosa son para él admirables. Lo único que lo hace temblar es la perspectiva del descanso, del retiro, del alejamiento. En toda su vida, según él mismo lo asegura, no ha pasado jamás una semana sin trabajar.

..

Un día, empero, estuvo á punto de hundirse en el descanso por muchos meses, por muchos años tal vez... Fué allá en 1893, cuando, gracias á la fuerza del *Petit Journal*, los oportunistas lograron derrotar en las elecciones legislativas al gran *leader*.

Encontrándose sin tribuna, ¿qué iba á hacer

aquel hombre? Su única arma, era la palabra. Periodista no lo era, no lo había sido nunca. Verdad era que tenía un periódico, *La Justice*, pero era una hoja obscura, que nadie leía fuera del Congreso. Con tal portavoz, poco podría su palabra. Y, además, en ese periódico solo escribían sus amigos. El no sabía sino hablar. El no tomaba nunca la pluma. El, para decir la verdad, ni siquiera tenía fe en los discursos impresos. Además, su edad no era de las que permiten recomenzar una carrera, hacerse una nueva especialidad. Tenía cincuenta y dos años. Pues bien: á pesar de sus bigotes blancos, á pesar de sus desilusiones y á pesar de sus enemigos, lejos de pensar en callarse, pensó en aprender á escribir. Sus primeros artículos, según los especialistas, fueron mediocres. Pero al cabo de poco tiempo, la pluma se plegó bajo aquella energía, como antes la palabra se había hecho la esclava de su deseo. Y no pudiendo seguir siendo un *leader* del Congreso, lo fué del periodismo. Desde las columnas de *L'Aurore* hizo la campaña Dreyfus, una de las más bellas y de las más nobles que se han emprendido en el mundo.

••

Al volver al Parlamento, diez años más tarde, recobró su antigua elocuencia, y des-

pués de pronunciar un par de discursos, obligó á Sarrién á ofrecerle una cartera.

¡Cómo me acuerdo del primer día en que el gran jacobino tuvo que encontrarse con sus amigos de antes, desde el otro lado de la barricada! Sereno aguantó la embestida de Jaurés, que le pedía cuenta de sus promesas y que le hacía ver la necesidad, para el país, de que el Estado fuera socialista. Cuando el orador revolucionario hubo terminado, el nuevo ministro subió á la tribuna y le contestó:

«Hablemos de reformas, puesto que lo que pedís son reformas.

»Hablemos bien, claro y poco.

»Vuestras reformas serían las siguientes, según vuestro programa:

»Limitación del trabajo á ocho horas.

»Extensión del derecho sindical á los empleados del Estado y de los Municipios.

»Seguros sociales contra todos los riesgos del trabajo.

»Nacionalización de los grandes monopolios.

»Impuesto progresivo sobre las rentas y las sucesiones.

»Pues bien; sabed que todo eso es profundamente burgués, y que yo también, representante del Gobierno, deseo todo eso. Pero lo deseo con método, y quiero llevarlo á cabo

poco á poco, conforme las circunstancias lo permitan.»

Todo Clemenceau está en estas líneas. El hombre de reformas, de todas las reformas, no se separa del hombre de todas las realidades. Su método es claro y práctico. Lo imposible le parece indigno de ser estudiado. ¿Para qué hablar de quiméricos movimientos inmediatos, ni de cambios radicales sin tardanza? La palabra de un hombre político no debe ser, como se cree en los Congresos, un ruido sin consecuencias. Lo que se ofrece, se debe. Y este solo modo de obrar, vale ya tanto como una revolución, puesto que establece la buena fe parlamentaria y el realismo oratorio.



Realista el gran político, lo es y lo ha sido siempre. De todo lo que en la vida es inútil, no le gusta ni aun hablar. Sus pasiones mismas están fundadas en un magnífico instinto de la realidad. Por eso entre ellas vemos el amor, el patriotismo, la cólera y la ambición; pero no el rencor. El rencor, en efecto, no es sino una quimera muerta. Tener rencores es cargarse de dolores vanos. Hablando ante los electores que en 1893 le fueron hostiles, Clemenceau, ya ministro, supo dar un magnífico ejemplo de grandeza de alma. Sus palabras de

entonces, son tan bellas, que no me atrevo á debilitarlas traduciéndolas. Dicen:

«Tout ce que je veux retenir d'une défaite qui fut belle à tant d'égards et dont nous pouvons parler aujourd'hui avec tant de sérénité, c'est qu'il me fut donné d'y faire l'épreuve d'inoubliables amitiés. L'homme, comme le fer, a besoin d'être forgé. Il lui faut la saine réaction d'énergie personnelle sous les coups de la destinée. Et pour ce qui est de mon action politique ultérieure, rien ne me fut si précieux, après une initiation parlementaire de vingt années, que de pouvoir considérer le parlement du dehors. Il est bon pour l'homme politique de pouvoir s'objectiver de temps à autre, pour se prononcer dans son for intérieur et sur lui-même et sur ceux qui condamnent superbement les fautes d'autrui du haut des leurs.»

¿Puede decirse más doctamente que no hay mal que por bien no venga? En el realismo optimista hay siempre medios ideológicos para aprovechar los dolores, las derrotas, las tristezas y hasta las traiciones.

Clemenceau que sufrió de todo, todo lo aprovechó.

Hoy, que dirige la política de Francia, su acción tiene una franqueza y una profundidad que asombran al mundo.

—¿Ese es el gran jacobino—dicen los ex-

tranjeros—, ese el ogro terrible?... Pues en verdad parece un gran señor grandemente risueño.

Y es que, gracias á su eterna juventud, este *diable d'homme* logra todavía seducir á la dama Gloria que, viendo el brillo de sus ojos, no se acuerda de que las cejas son canas...



BRIAND

Clemenceau, según sus adversarios, fué el *Tirano*. Lástima grande que su sucesor Briand no lo sea también, pues, de serlo, Francia gozaría al fin del *buen Tirano* soñado por Renán y deseado por todos los pueblos cuerdos. Su bondad, en efecto, es tan grande como su inteligencia. Y no creáis que es una de esas bondades calculadas que saben escoger las circunstancias solemnes para manifestarse, ni menos aún de las que buscan á sus favorecidos con el mismo cuidado con que los basileis bizantinos buscaban sus víctimas. ¡No faltaba más! Es una simple bondad algo plebeya y algo bohemía, que se mete en todo, que á todo el mundo se acerca, que para todos los casos sirve y que á todas horas está despierta. Sus íntimos refieren infinitas anécdotas que lo prueban. A cada momento, por hacer un servicio pasa por encima de las tradiciones, pen-

sando, tal vez con razón, que el único placer verdadero es el que se proporciona á alguien.

—¡Si no fuera por el uniforme—dice un gendarme de comedia—, no valdría la pena tanto trabajo!

—¡Si no fuera por los favores que uno puede hacer!...—debe decir el nuevo presidente del Consejo.

Porque, realmente, el oficio es rudo. Desde las siete de la mañana hasta las doce en punto, hay que recibir á los prefectos, á los ministros, á los senadores, á los alcaldes, á los diputados... Luego, hay que almorzar, lo que no tiene nada de agradable si se piensa que un protocolo imperioso exige que en la mesa de su excelencia haya siempre tres ó cuatro cubiertos para personajes oficiales. Pero, en fin, pase el almuerzo, pasen las visitas, pasen, en una palabra, todas las horas de la mañana. Lo que no pasa es la tarde. A las tres en punto hay que estar en el Congreso sonriendo, prometiendo, amenazando, calmando, temblando, respondiendo, gritando, gesticulando... El frío Waldeck-Rousseau, llamaba á estas horas de lucha parlamentaria, el paseo por la jaula de las fieras. Su modo de gobernar tenía, realmente, algo de las escrupulosas matemáticas del domador. Algunos de sus discursos eran una caricia en el lomo vibrante de la peligrosa oposición, y otros parecían un

latigazo en los flancos de la mayoría amenazadora. Pero no todos gobiernan del mismo modo. Así, Clemenceau era más bien un esgrimista docto y temerario. Sus discusiones sonaban con ruidos de espadas que se cruzan. Y antes de Clemenceau habíamos visto al *padre* Combes, cuyas maneras eran de inquisidor, de inquisidor sin hogueras, de inquisidor laico, pero siempre de inquisidor. En cuanto á Briand, que no tiene ni durezas, ni crueldades, ni pasiones, es, en el fondo, un gran diplomático de la tribuna. Lejos de querer domar, desea seducir. Ni aun en sus minutos más difíciles, allá cuando Jaurés, armado de todas armas, trataba de hacerlo bajar á la arena de la lucha de personalidades, perdió un solo momento su sonrisa. Lo único que hizo fué cambiarla. En vez de la sonrisa suave, púsose la sonrisa triste. ¡Cómo se sorprendieron los que, esperando oírlo gritar lleno de ira, lo vieron sonreír lleno de melancolía! Otras veces es grave, y parece que estuviera de luto. Otras veces, entorna los párpados y se diría que duerme en medio de la tempestad. Otras veces, sin esfuerzo ninguno, hace un gesto en el que hay algo de la expresión de la Joconda. Y siempre, siempre, es insinuante y suave. Tres ó cuatro horas diarias de esta labor, empero, no deben ser envidiables, y yo creo que si en las tribunas no hubiera tanta linda

dama entusiasta, el señor presidente abandonaría á veces las sesiones de puro cansancio. Mas los aplausos femeninos le dan fuerza para todo. Seductor como la más seductora de las mujeres, es voluptuoso como todas las mujeres juntas. Sus enemigos cuentan, en folletos que se venden á diez céntimos, sus aventuras amorosas, y creen hacerle un gran daño. ¡Oh ingenuidad! Yo creo que esas aventuras, lejos de perjudicarle, lo han ayudado á subir. Sólo, en efecto, sólo con su talento, sólo con su elocuencia, sólo con su actividad, no es probable que hubiese llegado, á los cuarenta años, á donde Clemenceau llegó á los setenta. Por fortuna, delante de él iba el coro de las bacantes deshojando coronas de rosas para hacerle más suave el camino. Estas coronas son ahora las que le hacen soportables las largas luchas del Congreso. Sólo que al salir de la *seance* hay que regresar al Ministerio para volver á recibir ministros y alcaldes, prefectos y senadores, diputados y periodistas durante largas horas.

Como en París los ministerios no se abren nunca por la noche, en cuanto el maître d'hotel, dice: *Son excellence est servie*, todas las oficinas se cierran. Verdad es que esta hora tan esperada suele sonar muy tarde, y que hay días en que la sopa se sirve á las diez de la noche. No importa. Briand sabe aprovechar

sus *soirées*, y lejos de acostarse, como Clemenceu, al levantarse de la mesa, coge su bastón, se pone su sombrero, sube en su coche, y al teatro... Todas las noches va al teatro, y, según dicen, todas al mismo teatro. Que la pieza no cambie nunca, poco le importa. Probablemente no la ha visto aun... Lo que le interesa no es la inmensa sala donde el público bostea oyendo versos de Corneille ó prosas de Molière, sino el *foyer*, en el cual las damas jóvenes y las damas menos jóvenes, y las damas ya no jóvenes, se reúnen para murmurar gentilmente lo mismo que en tiempo del Rey y del Regente. Pues habéis de saber, ¡oh vosotros, contemporáneos míos que os figuráis que un ministro socialista tiene por fuerza que ser un descamisado, que este ilustre Briand, partidario antaño de la huelga general, es hoy, y ha sido siempre, el más galante galanteador y el más aristocrático decididor de malicias. Entre bastidores, no sólo en su teatro habitual, sino en los demás del bulevar, no hay actriz que no lo declare *adorable*.

En los salones políticos es probable que los caballeros que odian el radicalismo no piensen del mismo modo. Pero también es seguro que no hay nadie en ningún partido, ni aun entre los que lo consideran como un prófugo, ni aun en el seno de sus compañeros de ayer, ni aun en medio de sus víctimas, nadie en

ninguna parte, que diga: *Briand es odioso*. El mismísimo Jaurés, que con tanta saña lo atacó hace un par de años, ha acabado por dejarse seducir, y cuando los terribles unificados del socialismo no se lo prohíben, le sonríe con su cara de oso...

Sólo los señores directores del partido obrero, con la ingenuidad que los caracteriza, siguen llamándolo traidor y no pierden oportunidad de proclamar en mitins y procesos que se les persigue por pensar como pensaba, hace unos cuantos años, el jefe del Gobierno. Ayer, nada menos, en un interrogatorio judicial, un magistrado preguntó á un grupo de energúmenos, de la «Confederación General del Trabajo»:

—¿Confesáis haber proclamado en vuestros discursos la necesidad de la huelga general?

Y los acusados contestaron:

—Sí; lo mismo que el actual ministro señor Briand.

En efecto, aún no hace mucho tiempo todos los que admiramos á Briand, asistimos á un *meeting* presidido por él. Su discurso versaba sobre la huelga general y sobre el militarismo. Del primero de estos problemas, habló en los términos siguientes: «Ciudadanos, la huelga general es una concepción á la cual he consagrado mis esfuerzos de propagandista y que tengo la gloria de haber hecho aceptar en prin-

cipio por el Congreso corporativo llamado á estudiarla. Es indispensable que el proletariado sea instruído sobre este punto para que, si lo encuentra peligroso, pueda alejarse de mi consejo. Pero *à priori* me regocijo con la idea de que, conociendo la verdad de lo que será la huelga general, seguiréis trabajando por proclamarla, pues en ella está vinculada la salvación de los trabajadores y la derrota del capital.» En cuanto al militarismo, básteme decir que por palabras menos duras que las del fogoso orador, mi amigo Gohier estuvo en la cárcel un año... ¿Qué fué, en efecto, lo que sirvió para acusar y condenar al antiguo director del *Cri de París* y á sus veinte compañeros? Una frase de un cartel en que se aconsejaba á los soldados que volvieran las armas contra sus oficiales si éstos les ordenaban que tiraran contra los obreros en huelga. Pues bien, he aquí algunas palabras de Briand, literalmente reproducidas, de Briand el ministro de hoy:

«*El alors, si l'ordre de tirer persistait, si l'officier, tenace, voulait quand-même contraindre la volonté du soldat, quand elle est envahie par des préoccupations de cette nature, ah! sans doute, les fusils pourraient partir, mais ce ne serait peut-être pas dans la direction indiquée.*»

¿No es lo mismo? Y sin embargo, mientras

los otros pagaban en calabozos el crimen de haber hablado así, Briand subía á ocupar uno de los puestos más altos del Gabinete.

Pero no es esto sólo, lo que sorprende en el caso actual. Hay algo más. El Ministerio anterior cayó por causa de la aplicación de la ley de separación de la Iglesia y del Estado. Ahora bien: ¿quién es el autor de aquella ley? Briand. ¿Quién defendió en la última batalla parlamentaria á los caídos? Briand.

Y todo esto tiene, empero, una explicación que para mí es halagüeña, á saber: que el talento, el arte, la belleza, están por encima de las ideas, de los principios y aun de los hechos. Al llamar á Briand, el presidente de la República, ha llamado al gran orador cuya palabra seduce y domina, cuya frase es hermosa como la de un poeta, cuya voz es armoniosa.



INGENUAS, COQUETAS Y DAMAS TRAGICAS

Los que cada año por primavera, ó antes, si no tienen nada mejor que hacer, piden, en crónicas y discursos, la supresión del Conservatorio parisiense, dicen, entre otras cosas, que para lo único que el venerable establecimiento sirve, es para perpetuar la absurda división de los empleos teatrales. «Al salir de las aulas oficiales de declamación— escribe hoy André Ibels—las jóvenes actrices saben ya que no deben servir sino para una sola cosa, y que si el profesor las declara ingenuas, ingenuas han de morir, y que si llevan diploma de grandes coquetas, grandes coquetas han de ser siempre, y que si ganan un premio de tragedia, nadie puede sacarlas de lo trágico.» Estas líneas, que no me han convertido en adversario del Conservatorio, me han sugerido, en cambio, el deseo de saber á pun-

to fijo lo que es una gran coqueta, una ingenua y una dama trágica. Después de todo, si hay en el mundo investigaciones agradables, son las que se refieren á esas lindas criaturas de labios pintados que nos ayudan á escaparnos de la realidad para vivir un instante entre personajes de ensueño.



Justamente, una de estas últimas noches daban en el teatro Francés *El Misántropo* de Molière, con Mlle. Cecile Sorel como principal intérprete. Mejor oportunidad para saber lo que es una *grande coqueta* no podía presentarse. Porque si no hay personaje tan perfecto como el de Celimena, tampoco hay Celimena tan admirable como la ilustre *sociétaire*. Su belleza es legendaria, y la belleza es indispensable para una conquistadora de corazones. Pero más aún que su belleza, su elegancia es notoria. No hay más que contemplar uno de sus retratos para exclamar lo mismo que Alcestes:

—¡Oh, maravilla!

Maravilla es, realmente; maravilla de artificiosa gracia, maravilla de distinción rebuscada, maravilla de seductora crueldad. En sus manos, el abanico clásico es un verdadero cetro. Su traje, arrastrando una larga cola de pavo real, tiene suntuosidades de manto de

corte. Su sonrisa, en fin, aunque despojada de toda inocencia y de toda frescura, es peligrosa como la onda. Todo esto, los Clitandros los Orontes y los Alcestes, lo dicen mejor que yo. Encontrándola engañosa, ellos la adoran, y lo confiesan.

Je confesse mon faible, elle a l'art de me plaire;
J'ai beau voir ses défauts et j'ai beau l'en blâmer
En dépit qu'on en ait, elle se fait aimer;
Sa grace est la plus forte; et sans doute ma flamme
De ces vices du temps pourra purger son âme.

Los héroes de algunas comedias posteriores á *El Misántropo*, ni siquiera se excusan de sus pasiones pensando que con amor y con paciencia lograrán curar á las coquetas á quienes adoran de sus terribles vicios de livianidad. «Es infiel—dicen—y, sin embargo, la adoramos.» Pero esto en nada cambia el carácter de la gran coqueta. La gran coqueta es invariable. A su derredor los hombres se agitan frenéticos ó agonizantes, dispuestos á matar ó á morir, locos de amor, locos de deseos, locos de celos, mientras ella, risueña, no pide sino una cosa, y es que los desórdenes de tales adoradores no arruguen su traje, ni perturben su vida. Ella es un Don Juan hembra, que tiene por misión seducir á todo aquel que se le acerca y hacer sufrir á todo aquel á quien seduce. Los que no quieran sufrir, que

se alejen. Con todas las promesas de ventura que ella lleva en sus ojos embusteros, es incapaz de proporcionar un solo día de verdadera dicha. Lo más que da, es esperanzas de amor. Pero amor de verdad, eso jamás. Sus besos son más peligrosos que los desdenes de otras mujeres. No pudiendo ser de un solo dueño, tampoco logra crear un paraíso en su alcoba. ¡Si siquiera supiese engañar!... Mas no sabe, porque no puede saberlo, porque no *debe* saberlo. Sus víctimas tienen que comprender, desde luego, lo profundo del precipicio en el cual van á caer. Esos ojos falaces ofrecen la ventaja de decir á los que buscan un amor leal: «¡Perded toda esperanza!» Y no me refiero únicamente á Cecile Sorel y á Celimena. En el museo del teatro, hay una colección de retratos de *grandes coquetas* célebres que prueban la impasible perpetuidad del tipo. He ahí, entre ellas, á Mlle. Denain, que fué contemporánea de Alfredo de Musset, y que se peinaba como Jorge Sand. Su mirada es una llama de traición. Junto á ella aparece, encarnando á la heroína de las *Falsas confidencias*, Mme. Arnould Plessis, que también floreció allá en la época del apogeo romántico y que también tiene ojos felinos de franco engaño. En cuanto á Soffa Croizette, que con su cara de española trágica hubiera parecido, hace veinte años, más capaz de encarnar las

cóleras de Clitemnestra que los ardides de Celimena, esforzóse siempre, al decir de sus biógrafos, por dar á su semblante un aire de suprema *fourberie*. Y de las damas que hoy triunfan en el teatro como coquetas, no hay que hablar. Desde la clásica Cerny hasta la caprichosa Provost, todas parecen hermanas de Cecile Sorel. A todas, Alcestes podría decirles:

Je sais que vos appas vous suivent en tous lieux,
Mais votre accueil retient ceux qu'attirent vos yeux
Et sa douceur offerte à qui vous rend les armes,
Acheve sur le coeur l'ouvrage de vos armes.

Sí; á todas se las podría decir esto y aun decírselo en un lenguaje igualmente añejo, pues en la conservación secular de la coquetería, un poco de esencia antigua y amanerada persiste. Los mismos adoradores de lo moderno, ponen, en cuanto se trata del papel de la eterna Celimena, una nota de clavicordio en sus frases. La violencia de situaciones del desenlace dramático, no conviene á sus encantos. ¿Ella muriendo asesinada en un último acto lleno de gritos y de sangre?... No... Ella no teme las hachas matadoras de esposas infieles, ni los puñales sutiles de los amantes exasperados. Lo que más le inspira miedo es la impertinencia de los que se empeñan en obligarla á escoger entre sus diversas inclinaciones, ó la terquedad de los que exigen una

imposible fidelidad garantizada contra todo riesgo.

* * *

Por fortuna para los pobres hombres que aman, que creen y que esperan, junto á la coqueta aparece siempre la ingenua. ¿Sabéis lo que es una ingenua? Sin alejarnos del teatro clásico, aquí tenemos á una de ellas que es célebre hasta el punto de servir de modelo á todos los que se consagran al cultivo de tan exquisito tipo femenino. Se llama Agnés, y su padre Molière, al presentárnosla en el reparto de personajes de *La escuela de las mujeres*, dice: *joven inocente*. Por definición, en efecto, es inocente la ingenua. Su traje, sus maneras, sus miradas, su sonrisa, sus gestos, sus palabras, todo es en ella inocente. Mas esta inocencia no implica ni incapacidad para amar, ni menos aún incapacidad para comprender. Con sus maneras angelicales y con intenciones á veces seráficas, suele llegar adonde la coqueta llega rara vez. El corazón la lleva á la suprema caída con tanta facilidad como al supremo heroísmo. ¡Es tan cómodo el corazón á los diez y ocho años! La misma Agnés, modelo de la gentil especie, nos da lecciones admirables de sutileza y de energía. Campesina sin más esperanza que la de casarse con un pastor para seguir penando al sol, tiene,

un día, la suerte de que el señor Arnolfo se encargue de su educación y la haga rica niña burguesa, bien trajeada y bien servida. En la ciudad todos admiran su gracia fresca, su esbeltez elegante, su distinción aristocrática. Más que la hija de una vaquera, parece una princesa—una inocente princesa hecha según el sistema del amigo Crisaldo, que dice: *la mujer no debe saber nada*.

Même ne sache pas ce que c'est qu'une rime,
Et s'il faut qu'avec elle on joue au corbillon,
Et qu' on vienne à lui dire à son tour: qu'y met-on?
Je veux qu'elle réponde: Une tarte á la crème;
En un mot, qu'elle soit d'une ignorance extreme:
Et c'est assez pour elle, á vous en bien parler,
De savoir prier Dieu, aimer, coudre et filer.

Nada sabe, efectivamente, Agnés.

Cuando su protector la pregunta:

—*¿Quelle nouvelle?*

Ella responde:

—*Le petit chat est mort.*

Y el diálogo continúa así, suave, sin rasgos de ingenio, sin anécdotas expresivas, hasta que Arnolfo hace la célebre interrogación:

—¿No vino nadie durante los días de mi ausencia?

Y que ella contesta:

—Sí... un joven... y casi no se ha movido de casa.

Este joven es el amante de la ingenua. To-

dos lo saben menos ella. Ella le oye á cada momento decirle que la ama y al oírlo siente un placer inmenso, pero como no tiene idea de lo que es el amor, no cree cometer ningún pecado. Los besos mismos, parécenla la cosa más natural del mundo, y cuando su tutor lleno de ira le asegura que ante tales juegos del cielo se enfada, ella exclama:

—¿Enfadarse?... ¿Por qué?... ¡Es tan agradable y tan dulce!... Lo único que siento es no haber probado tan ricas cosas antes... ¡Ah, esas ternuras, esas palabras gentiles!

—Muy bien, pero para eso hay que casarse.

—Casadme, entonces.

Ya véis, pues, que la inocencia suele ser más escabrosa que la experiencia. Si no lo fuera, los dramaturgos no la aprovecharían con tanta frecuencia. En vez de Agnés, pondrían muchachas francas y conscientes. En vez de diálogos que comienzan como charla de niñas en la escuela y que acaban como discreto de alcoba, ofrecerían coloquios de amor puro. Pero el amor puro no produce el gran efecto de la ingenuidad picaresca. La protegida de Arnolfo, diciendo: «Hóracio y yo nos amamos», no tendría el mismo éxito que explicando con frases infantiles su pasión.

El sistema es tan cómodo cual útil. Una ingenua, hoy como ayer, seduce á todo el públi-

co, ya se llame Rosina y tenga las gracias rizadas y rubias del siglo XVIII, ya se llame Martha y se vista á la moda del segundo imperio, ya se llame Miquette y venda cigarrillos en un estanco de nuestra época. El traje y el lenguaje pueden cambiar. El fondo del alma es invariable. Así, aun en las más fuertes comedias del tiempo presente, en las que hay tres ó cuatro parejas adúlteras, en las que todo el mundo lo sabe todo y de todo se ríe, en las que la palabra virtud no se pronuncia sino entre risas, aun en las obras de los Flers y los Caillavet, y de Lavedan, y de Marcel Prevost, en fin, cuando la ingenua aparece, siempre es Agnés. Agnés es quizás la más terrible de la vasta familia de las amorosas, casi tan terrible en su blancura, como aquella otra inocente niña que se llamó Cloe y que, en la soledad ardiente de la antigua Arcadia, llegó á imitar los gestos instintivos de las cabras antes de saber lo que la palabra amor significa.

*
*
*

Al mismo tiempo que coquetas é ingenuas, el Conservatorio fabrica damas trágicas. El producto es algo anacrónico en nuestra época tan enemiga de los personajes á la antigua, hirsutos, gesticuladores y ululantes. Pero como en algo hay que emplear las facultades

tenebrosas de las que tienen ojos de Medeas, los señores profesores las obligan á aprender todo el repertorio de Esquilo, con más una parte del de Racine y otra del de Corneille. Una vez el examen pasado, allá ellas... «Allá las pobrecitas»—dicen los críticos—. Porque como no hay teatro ninguno, fuera de la Comedia Francesa, que se pueda pagar el lujo de una *troupe* permanente de trágicas, el encontrar empleo es difícil para las que se empeñan en no bajar la voz y en no moderar los ademanes.

—Ahora—les aseguran los empresarios—no hay Antígonas ni Fedras en abundancia en el repertorio. Lo único que hay, son mujeres fatales que hablan en prosa y que mueren ó matan sin lirismo. ¿Os conviene este destino?...

Convenirles, en realidad, no las conviene. Educadas en el respeto supersticioso de los ritos clásicos, ellas preferirían un empleo que las permitiera rugir y desgarrarse las túnicas al fin de cada acto. Pero como hay que vivir, como sobre todo hay que figurar, se resignan á cambiar el blanco chitón de *Ifigenia*, por el traje tailleur de la *Dama del mar* ó el vestido de tul negro de la *Dolorosa*. Desde hace algunos años, los papeles trágicos abundan. En cada comedia de Bernstein hay por lo menos uno, y en cada drama de Hervieu por lo me-

nos dos. Pero claro está que no se trata de la tragedia á la antigua, con mucha sangre y muchos alaridos, sino de la tragedia á la moderna, de la tragedia en la cual sólo las almas se retuercen asesinadas, de la tragedia de matices y de finezas que contiene la emoción con una infinidad de sonrisas y de silencios, de la tragedia burguesa, en suma, burguesa á lo menos por los trajes y por los gestos. Y, á fe mía, si las disculpas de Monnet Sully no prefieren este repertorio al de las funciones clásicas de la Comedia Francesa, es porque no se dan cuenta exacta de todo lo que hay de terrible y de admirable en el arte de una Duse ó de una Réjane durante los raros momentos en que, sin decir una palabra, sin mover un párpado, sin estremecerse siquiera, expresan, rígidas y sublimes, el paroxismo de los grandes dolores que se esconden. ¡Ah, la excelsitud de esas situaciones en que la mujer fatal, encontrándose ante la perspectiva de un desenlace trágico, trata de parecer perfectamente tranquila!... Sólo que, para estos casos, el genio es obligatorio.

Otros casos hay, más pintorescos, que no requieren el mismo arte y que á las jóvenes trágicas las parecen más dignos de ellas.

—Las comedias rusas—decíame hace poco tiempo el director del Teatro de las Artes—son las que más entusiasman á nuestras fem-